

D. JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN, ANTROPOLOGO

Julio Caro Baroja

La “Sociedad de Estudios Vascos”, “Eusko Ikaskuntza”, me ha dispensado el gran honor de designarme como una de las tres personas que han de actuar hoy, en Oñate, con motivo del homenaje que la misma Sociedad rinde a D. José Miguel de Barandiarán.

Si mis informaciones son ciertas, D. José Miguel va a cumplir noventa años el 31 de diciembre de 1979, Noche de Año Viejo, “Urtezar” tan festejada en nuestros campos. Parece obedecer a un simbolismo fácil de desentrañar, el hecho de que la vida larga de nuestro querido maestro (vida que esperamos se prolongue aún mucho más) haya comenzado el último día del año y de un año remoto ya. Parece como si una voluntad divina hubiera querido expresar con ello que el niño recién nacido en el caserío familiar tenía que ser el destinado a transmitir las ideas, concepciones y conocimientos de una sociedad tradicional de viejísimas raíces, a otra muy distinta en todo que es la actual. El Destino se ha cumplido. La vida de Barandiarán, no del todo fácil, sí extraordinariamente fecunda, nos aclara, por sí misma el significado más profundo de su obra. En varias ocasiones me he ocupado de ella. Perdónad si al volver a hacerlo no puedo dar un giro muy distinto a mis palabras. Creo que en esta hora soy el discípulo más viejo de D. José Miguel, convencido de que a punto de cumplir mis sesenta y cinco años estoy marchito, mientras que él lleva verdes y lozanos sus casi noventa. Pero en estos momentos solemnes la idea de que *todavía* soy un discípulo me vigoriza, me fortifica: un discípulo fiel y un poco franco-tirador, de un maestro que tampoco ha sido el común y corriente encuadrado en el mundo burocrático u oficial de la Universidad.

Para mí esto es algo muy significativo, porque en la Universidad tuve algún gran maestro, no tantos buenos profesores de asignaturas concretas y varios francamente detestables. Las personalidades que más han influido en mí lo han hecho fuera del mundo académico, aunque fueron universitarios y por motivos también extra-académicos.

Barandiarán nació en un medio rural puro. En Ataun. Como lengua madre tuvo la lengua vasca. Casi a la par hubo de esforzarse para dominar el castellano (que escribe muy bien, dicho sea de paso) y el latín. Porque,

como tantos otros niños de su tiempo, salidos del mismo medio, abrazó la carrera sacerdotal. Podría imaginarse que arrancado de vocación semejante hubiera llegado a ser, al fin, un respetable párroco de alguna villa guipuzcoana, después de pasar por otros cargos eclesiásticos. Pero la fuerza de su espíritu juvenil fue tal que sintiendo como pocos su condición de vasco de campo, de “baserritar” y sintiendo también con profundidad, poco común, su condición de sacerdote, llegó a la consecuencia de que sobre estas dos bases fundamentales de su personalidad, podía construir algo muy original y distinto. La Antropología y la Etnografía y de modo más concreto aún, la Antropología religiosa, se le presentaban al espíritu no como dos ciencias; menos todavía como dos asignaturas, sino como dos aspectos fundamentales de su experiencia vital. Así, *ve desde dentro* el mundo del hombre vasco: también sus concepciones religiosas. Esto da a sus obras el sello más fuerte, la mayor originalidad.

En época anterior a la suya hubo folkloristas, colectores de leyendas y cuentos e incluso rapsodas de éstos, que trabajamos en el país: vascos y no vascos. Pero si se compara el resultado de sus esfuerzos —cuyo valor nadie va a negar— con el de la actividad de Barandiarán, se nota una diferencia fundamental, tanto en calidad, como en cantidad. Obras como la “Mitología vasca” o “El mundo en la mente popular vasca” no las ha podido pensar y componer un estudioso, mejor o peor dotado, *desde fuera*. El Profesor Altuna os hablará, con más autoridad que yo, de lo que significa la obra de Barandiarán en el campo de la Arqueología y de la Prehistoria. Mí viejo amigo Koldo Michelena acaso pudiera hacerlo del rigor lingüístico con que ha recogido las narraciones, mitos, leyendas, etc., de la tradición oral, fijando no sólo modalidades dialectales sino también rasgos idiomáticos más particulares. La exactitud en la transcripción de lo oído da, en sus escritos, mucha más idea de la realidad que cientos y cientos de páginas de prosa explicativa. Pero Barandiarán ha demostrado también gran capacidad de observación al escribir monografías sobre la vida social en localidades como su pueblo natal, o Sara, refugio durante los años de exilio, u otros lugares a los que fue, a veces, para llevar a cabo de modo simultáneo, excavaciones o prospecciones arqueológicas.

En este orden las monografías que aparecieron en el “Anuario de Eusko-Folklore” hace ya más de medio siglo, se adelantan a los estudios de Antropología social sobre pequeñas comunidades, tan en boga hoy día.

Barandiarán ha contribuido, así, más y mejor que nadie, a dibujar la imagen del vasco rural, a obtener una pintura fiel del mundo, según el vasco en su medio. Para ello estudió, previamente, con atención y rigor, lo que se había escrito en general y en particular, acerca de las distintas concepciones del mundo de hombres pertenecientes a sociedades y culturas muy distintas entre sí. A los veintitantos años le eran familiares las obras de Wundt. Luego los de Graebner y el Padre Schmidt.

También conoció a su tiempo las de los sociólogos franceses de la escuela de Durkheim, las de funcionalistas, etc. Sin que ello supusiera nunca una sumisión servil a las ideas y métodos de unos u otros. Tratemos de rela-

ciones más directas; para la Prehistoria, la Antropología y la Etnografía vasca fue una gran fortuna que Barandiarán encontrara durante las primeras décadas de este siglo y en pleno vigor a D. Telesforo de Aranzadi, unos veintiocho años mayor que él, y lo escogiera como maestro. Porque puede afirmarse que el uno completaba al otro y cada uno representó modalidades típicas de la Ciencia de su época. En la generación de D. Telesforo era posible y hasta frecuente, encontrar hombres de gran empuje que fueran, a la vez, naturalistas, antropólogos, físicos, prehistoriadores y etnógrafos o folcloristas. La misma vinculación a las Ciencias Naturales hizo que Aranzadi que fue todo esto, como etnógrafo tuviera mayor inclinación a los temas de "Morfología": es decir, los relativos a tecnología y cultura material y como prueba de ello ahí están sus famosos estudios sobre el carro chillón, los yugos y los aperos de labranza en conjunto.

Barandiarán, ya se ha visto por qué razones profundas, ha tenido más inclinación por los temas referentes a la cultura espiritual, por las creencias y las formas sociales relacionadas con ellos, aunque su labor de arqueólogo haya sido también decisiva. Después se ha impuesto una mayor separación entre las tareas del arqueólogo y las del etnógrafo y dentro de las ciencias antropológicas se establecen nuevas divisiones y subdivisiones. Personalmente no estoy convencido de que esto sea del todo bueno y, sobre todo, soy enemigo de la especialización demasiado temprana. Antes de especializarse hay que estudiar mucho y haber vivido algo. D. José Miguel nos da el ejemplo. Vivió con intensidad, durante la infancia, en su ámbito campesino. También su vida de sacerdote primerizo.

Pasó los años de aprendizaje en medios muy distintos: en Burgos y Vitoria. Por lo que yo sé, su vocación sacerdotal se decidió firme después de hondas e intensas meditaciones. A los veintitantos años escoge maestros en otras disciplinas con libertad absoluta y a la misma edad comienza a investigar. Durante casi setenta años ha trabajado sin interrupción. He aquí un caso de vocación. No de especialización prematura. He aquí, en fin, un verdadero maestro, un ejemplo a seguir. Si algo bueno he hecho en la vida, es esto: seguirle.

Porque hace cosa de cuarenta y seis años, cuando aún no había cumplido veinte, me acerqué por vez primera, de modo harto inocente, a D. José Miguel de Barandiarán y a D. Telesforo de Aranzadi, cuando estaban excavando una cueva de las Encartaciones de Vizcaya. Desde entonces me une fuerte, estrecha amistad, con él. Ahora hay gente mucho más joven que sigue sus huellas con la misma admiración y respeto. A estos sentimientos hemos de unir el de humildad. Porque todos sabemos que en la Historia de la Filosofía, Platón es más que los platónicos y neoplatónicos, que Santo Tomás es más que los tomistas y que Kant también es más que los kantianos. Sin embargo, la condición de discípulo fiel es dulce: se siente mejor cuando no se está metido en cuadros oficiales de docencia. Estos se componen más de profesores y alumnos que de maestros y discípulos.

En una sociedad como la actual, las rivalidades y competencias acaorean entre ellos odios o tensiones grandes, según dicta la triste experiencia.

Dejando aparte el magisterio familiar y muy distinto de mis tíos, casi en la adolescencia tuve la suerte de poder escoger dos maestros entrañables: D. Telesforo y D. José Miguel. Hoy quiero dar fe pública de mi agradecimiento ante vosotros. No nací al pie del Aralar sino a las orillas del Manzanares; mi familia no me podía inclinar a escoger la carrera sacerdotal precisamente; pero en ella existía, intenso, el amor a este país. Un amor peculiar, a veces incomprendido; aún todavía incomprendido por algunos. Este amor me guió. La obra de Barandiarán lo ha robustecido.

Para concluir, quiero expresar mi convencimiento de que, aunque su valor científico sea incalculable, su valor poético no le va en zaga. En aquellas hojitas mensuales de "Eusko-Folklore", que se titulaban modestamente "Materiales y cuestionarios" hay más poesía verdadera que en muchos libros de poesía, que lo son más por la forma y la intención que por el fondo y el resultado. El vivir poético del vasco está expresado en ellas. Por ellas vemos cómo se ha vivido poéticamente en este o aquel rincón de esta tierra, durante generaciones, a veces de modo duro y difícil. La vida poética no es la vida muelle y blanda: pero, ahora, tenemos que pensar, también que de una forma u otra, es la poesía misma de la vida de nuestro país, la que está amenazada de muerte. Juzgo, en suma, que ninguna ocasión como ésta aquí, en Oñate, y con motivo de un homenaje a D. José Miguel de Barandiarán puede ser mejor, para proclamar el deseo de conservar a la vida su significado poético. Esa vida vasca que hemos conocido mejor y hemos amado más, gracias a la obra de este gran maestro, maestro de todos los que estamos reunidos aquí y de muchos que ahora nos acompañan con el espíritu, a veces muy lejos de su hogar y de su tierra querida.